**PRÁCTICA SOBRE LA COHESIÓN TEXTUAL (deíxis o referencias**

(Texto 1)

El proceso de escribir me recuerda los preparativos para una fiesta. No sabes a cuánta gente invitar, ni qué menú escoger, ni qué mantel poner... Ensucias ollas, platos, vasos, cucharas y cazos. Derramas aceite, lo pisoteas, resbalas, vas por los suelos, sueltas cuatro palabrotas, maldices el día en que se te ocurrió la feliz idea de complicarte la existencia. Finalmente, llegan los invitados y todo está limpio y reluciente, como si nada hubiera pasado. Los amigos te felicitan por el banquete y tú sueltas una de esas frases matadoras: “Nada..., total media hora... ¡todo lo ha hecho el horno!”

(Casáñez, 1995: 114)

(Texto 2)

Porque la actitud del ser humano cuando escribe es distinta de cuando habla. Cuando escribimos se siente lo que llamaría yo la responsabilidad ante la hoja en blanco; es porque percibimos que ahora, en el acto de escribir, vamos a elevar el lenguaje a un plano distinto del hablar, vamos a operar sobre él, con nuestra personalidad psíquica, más poderosamente que en el hablar. En suma, hablamos casi siempre con descuido, escribimos con cuidado. Casi todo el mundo pierde su confianza con el lenguaje, su familiaridad con él, apenas coge una pluma. El idioma se le aparece, más que como la herramienta dócil de hablar, como una realidad imponente, el conjunto de todas las posibles formas de decir una cosa, con la que el que escribe tendrá que luchar hasta que halle su modo.

Pedro Salinas, *Aprecio y defensa del lenguaje*, Seix Barral.

(Texto 3)

−Oye, alcánzame eso.  
−¿El qué?  
−Eso que está ahí.  
−No lo veo. ¿Está detrás de esto?  
−No, más a tu derecha.  
- ¿Aquí?  
- Sí, justo ahí.  
- A ver... ¿Esto es lo que buscas?  
- ¡Sí, muchas gracias!

(Texto 4)

Una vez a la mujer africana que iba delante de mí no la dejaron pasar porque el funcionario decía que su cara y la de la foto no coincidían. La mujer era alta, estatuaria, con un tocado añil [...] y aceptaba con resignación y dignidad las preguntas malhumoradas y los modales groseros de los funcionarios. Pero estaba claro que no entendía nada, o solo lo suficiente como para decir que sí con la cabeza, para afirmar su identidad en una lengua críptica. La hicieron apartarse a un lado, y a continuación pasé yo, europeo y dócil, idéntico en mi cara al de la foto de mi pasaporte, suponía, aunque tal vez también sospechoso, y esa vez el funcionario selló rápidamente mi pasaporte y me lo devolvió agitando una mano para que me marchara cuanto antes, y ni siquiera me atreví a mirar ni un instante a la mujer africana que permanecía digna y vertical y esperando algo, atrapada ella en la tierra de nadie de las identidades y los documentos mientras yo podía irme en libertad.

(Antonio Muñoz Molina, *Ventanas de Manhattan*, 2004)

(Texto 5)

Entre los pasantes había corrido la voz de que Clotilde había sido contratada por recomendación, y aunque ninguno de ellos podía jactarse de haber obtenido el empleo por méritos propios, la antigüedad les había hecho olvidar esta eventualidad y ahora consideraban a la recién llegada una extraña y un peligro potencial para sus respectivos puestos de trabajo. Uno de los pasantes también era abogado, y el otro, un perito mercantil a punto de licenciarse en Derecho. Ninguno de los dos aventajaba en muchos años a Clotilde, pero ambos parecían pertenecer a otra generación: eran redichos y muy conservadores en sus ideas y en su conducta, y nada suscitaba su interés salvo los asuntos que llevaban entre manos. Entre las secretarias Clotilde encontró mayor simpatía, pero su apariencia y su actitud dejaban entrever una personalidad y un origen social con el que aquellas no podían identificarse. Los pasantes y las secretarias estaban muy contentos y orgullosos de tener un empleo fijo en un bufete importante y veían en la insatisfacción de Clotilde una muestra de insensatez no exenta de superioridad. Clotilde lo notaba, lo entendía y se sentía doblemente infeliz.

(Eduardo Mendoza, *Mauricio o las elecciones primarias*)

(Texto 6)

Comenzó por hacer con barro una figura humana, de hombre o de mujer es pormenor sin importancia, la metió en el horno y atizó la lumbre suficiente. Pasado el tiempo que le pareció cierto, la sacó de allí, y, Dios mío, se le cayó el alma a los pies. La figura había salido negra retinta, nada parecida a la idea que tenía de lo que debería ser su hombre. Sin embargo, tal vez porque todavía estaba en comienzo de actividad, no tuvo valor para destruir el fallido producto de su inexperiencia. Le dio vida, se supone que con un coscorrón en la cabeza, y lo mandó por ahí. Volvió a moldear otra figura, la metió en el horno, pero esta vez tuvo la precaución de cautelarse con la lumbre. Lo consiguió, sí, pero demasiado, pues la figura apareció blanca como la más blanca de todas las cosas blancas. Aún no era lo que él quería. Con todo, pese al nuevo fallo, no perdió la paciencia, debe de haber pensado indulgente, Pobrecillo, la culpa no es suya, en fin, dio también vida a este y lo echó a andar. En el mundo había ya por lo tanto un negro y un blanco, pero el desgarbado creador todavía no había logrado la criatura que soñara. Se puso una vez más manos a la obra, otra figura humana ocupó lugar en el horno, el problema, incluso no existiendo todavía el pirómetro, debía ser fácil de solucionar a partir de aquí, es decir, el secreto era no calentar el horno ni de más ni de menos, ni tanto ni tan poco, y, por esta regla de tres, ahora será buena.

(José Saramago, *La caverna*)